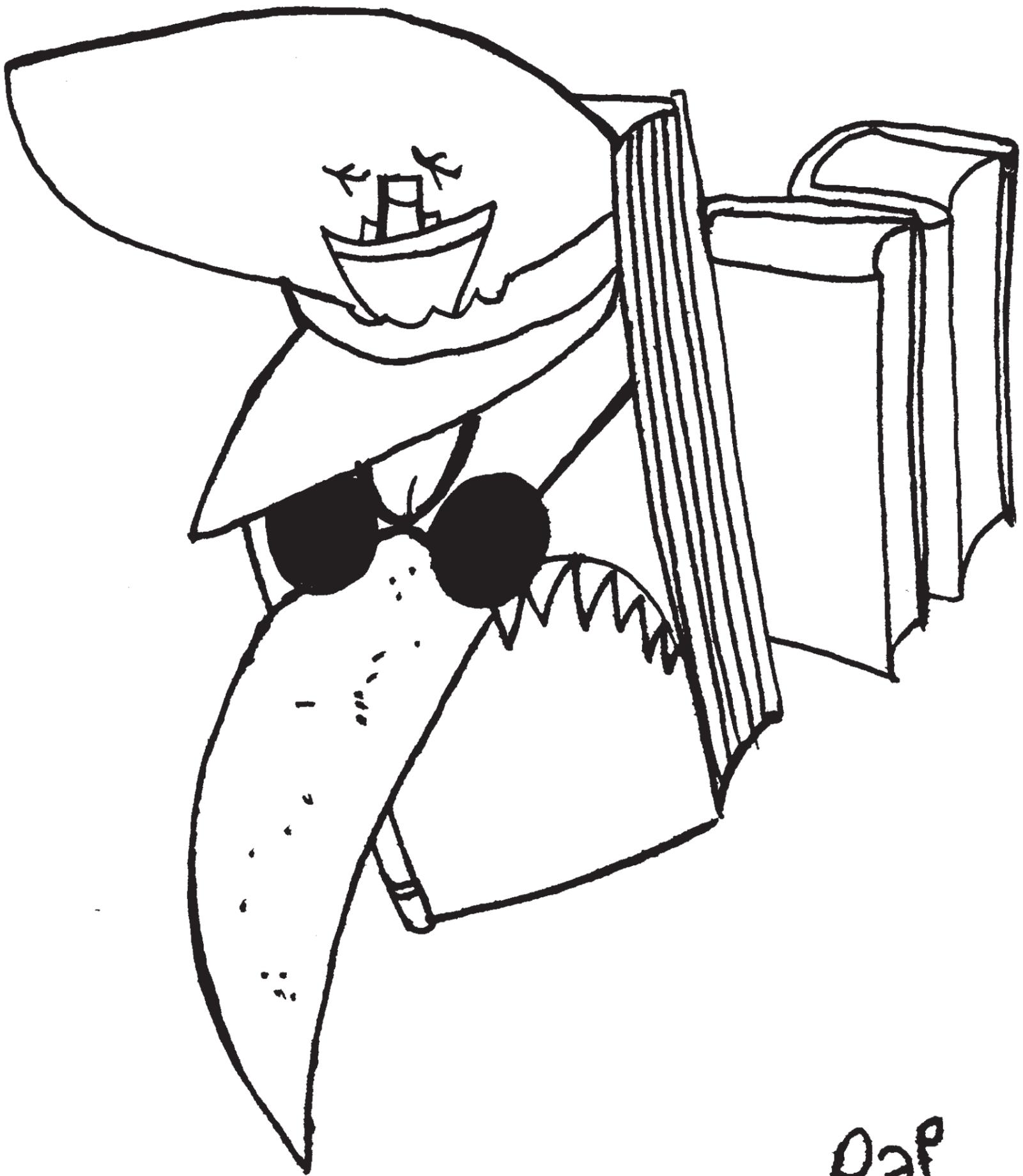


Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

24 Los libros de la Libertadora



Rep

LOS ATRIBUTOS DE LOS DIOS INFERNALES

Martínez Estrada se empecina en el análisis de la pareja Perón-Eva, quienes, decide, son una pareja demoníaca. No podría haber sido de otro modo, pues “un ingrediente demoníaco hizo posible el milagro peronista” (EME, *Ibid.*, p. 245). Son, ese hombre y esa mujer, “dos aspectos alotrópicos de Satanás” (*Ibid.*, p. 245). Lo alotrópico –por si alguno de los que esto leen no alcanza a la erudición de don Ezequiel– significa que un mismo cuerpo puede presentar más de una forma, hay en él un alboroto de átomos y moléculas y de ese alboroto resulta un cuerpo complejo, con distintas propiedades químicas. Pareciera ser que Perón y Eva eran algo semejante. Porque: “No es que podamos decir que ella era el mal y él el bien, pues los dos eran aspectos alotrópicos de Satanás” (*Ibid.*, p. 245). Pese a que –como todo escritor profesional– no habría de ignorar que una desmedida acumulación de adjetivos suele deteriorar la calidad de una prosa, don Ezequiel elige encenegar su prosa pero dar rienda suelta a su desborde, que, a esta altura, ya podríamos calificar de dionisiaco, fruto perfecto de la embriaguez del odio. Escribe sobre Eva Perón: “Ella era una sublimación de lo torpe, ruin, abyecto, infame, vengativo, ofídico y el pueblo vio que encarnaba atributos de los dioses infernales” (*Ibid.*, p. 245). Me gusta ese adjetivo: *ofídico*. Don Ezequiel lo trajo del griego: *ophis*. Específicamente se les dice así a los reptiles que son serpientes. Tienen una epidermis escamosa. No satisfechas nunca con ella, la cambian todos los años. Evita cambiaba a cada rato sus vestidos Dior. Lucía un vestuario ofídico. Nunca una misma epidermis, siempre otra. La imagen de la falsedad, de la inconsistencia, de la mentira. “Su resentimiento contra el género humano (sigue EME), propio de la actriz de terceros papeles, se conformó con descargarse contra un objeto concreto: la oligarquía o el público de los teatros céntricos” (*Ibid.*, p. 245). Pero de lo ofídico y del resentimiento y del odio a lo superior (la oligarquía) no podemos sino trasladarnos a lo prostibulario. ¿Es que nadie lo advierte? Esta mujer fue, por sobre todas las cosas, una cortesana. EME narra algo que le dijo un amigo que lo visitó cuando aún estaba en el hospital. El amigo, que no parece haber sido peronista, no en vano era amigo de EME y hasta lo visitaba, le dice que lo que ocurre con Eva Perón es que tiene una muy mala experiencia del ser humano. Que trató a muchas figuras de la alta burguesía “en la conyugalidad del tálamo” (*Ibid.*, p. 245). Y fue eso lo que despertó en ella un odio ilevantable “por el hombre, por el macho humano” (Todavía: p. 245). ¿Qué era este odio? ¿Qué expresaba? Expresaba “el desprecio de toda cortesana por su cliente incógnito, del que no le queda después sino el recuerdo de unas monedas” (*Ibid.*, p. 246). El odio sigue creciendo. Admito que más de uno dirá: ¿por qué perdemos tiempo con semejante extraviado? No, no perdemos tiempo: se trata de Ezequiel Martínez Estrada y está expresando el odio de la entera sociedad de los machos argentinos (de ellos y de las mujeres que son tanto o más machistas que ellos, y que odian más y mejor y hasta insultan con mayor encono) por una mujer que, desde un gobierno, desde una posición de poder, encarnó intereses que los agraviaron, que pusieron en peligro sus fortunas, sus superganancias, que son la perdurabilidad de las mismas, ya que para el macho oligárquico perder diez pesos implica no ganar treinta, y ellos no están en el mundo para “no ganar dinero”, están para ganarlo, imaginen hasta qué punto podrán odiar a quien los entrega al contradestino de perderlo, ese contradestino al que los entregó Eva Perón. Además, Martínez Estrada no es torpe ni está loco. A Eva Perón se le decía *yegua*, *puta*, *perona*, *prostituta* con una ligereza total. EME era, por el contrario, más refinado. Lo decía mejor que los carajeadores de los studs, de los cascos de las estancias, del Jockey Club y hasta de la casa de los socialistas, porque ahí estaba Américo Ghioldi y el hombre le dedicó un entero libro que caerá también bajo nuestra

mirada tan curiosa, caramba, tan obstinada en traer al presente cosas de “tiempos felizmente superados”. (¿Será así? ¿Estará uno señalando antinomias que ya no existen o las estará señalando en los días de su gloria injuriosa porque todavía circulan, y hasta se escuchan en voz alta, en los tacho-gorilas, los tacho-fascistas, en el lumpenaje mediático, en las reuniones del poder, del empresariado, en las frescas galerías de las estancias de esa “oligarquía con olor a bosta de vaca”, como supo definirla Sarmiento, que tanto ayudó a su triunfo, y terminó, conociéndola, por detestarla?)

HOMBRE PÚBLICO Y MUJER PÚBLICA

No, sigamos con EME. ¿Quién sino él podría escribir una frase tan contundente como la que ahora citamos? Lean, así piensa un argentino culto, que ha leído a Goethe y a Nietzsche, en 1955: “Tenía no sólo la desvergüenza de la mujer pública en la cama, sino la intrepidez de la mujer pública en el escenario” (*Ibid.*, p. 246. No diré nada nuevo, pero ¡qué destino el de las mujeres! Si un tipo es un “hombre público” es una figura relevante de la sociedad. Ahora el concepto ha sido erosionado por los propios “hombres públicos”. Y significa más ladrón, charlatán, payaso de la tele basura, periodista corrupto del lumpenaje radial, intendente, político de pactos entre las sombras, sindicalista jetón, etc. Pero en el '55 –y ya desde mucho pero mucho antes– un “hombre público” era sinónimo de esa otra figura con que la burguesía nombraba el honor: “un hombre de bien”. Un hombre de estatura moral. Un reconocido por sus pares. La fama no era sinónimo del barullo fácil y mediático de hoy. Nada tenía que ver con la “farándula”. No, un “hombre público” era Mitre. Era Mansilla. Era Alvear. Era Robustiano Patrón Costas. Era Nicolás Repetto. Era Alfredo Palacios. Era Federico Pinedo. Una “mujer pública” era, sin hesitación posible, una mujer que vendía su cuerpo por dinero. Al hacerlo, ese cuerpo devenía público. Ella era, entonces, una puta. Una puta era una mujer cuyo cuerpo era conocido por muchos hombres, quienes habían pagado para poseerlo sexualmente. El conocimiento de los hombres que lo habían rentado momentáneamente tornaba público a ese cuerpo y pública a la mujer que lo había entregado, cedido. Como la castidad es el recato, el hogar, lo privado, lo burgués, la notoriedad de la mujer pública, la notoriedad de su cuerpo, la alejaba del ideal de “lo decente”. Hacía de ella una puta. Hay un título de un gran film de Alfred Hitchcock que, con frecuencia, ni los propios cinéfilos entienden: *Notorius*, con Cary Grant, Ingrid Bergman y Claude Rains. Aquí, absurdamente, se conoció como *Tuyo es mi corazón*. Es la historia de una mujer que debe entregarse –por pedido del contraespionaje norteamericano– a un nazi para quitarle sus secretos y delatarlo. Quien la guía en la tarea es el hombre que ha sido su amante. El sufre por tener la orden de facilitar la operación: conseguir que ella intime con el nazi, entre en su vida, en su alcoba y en esos códigos que acaso representen un peligro para “América”. El, Cary Grant, sufre. Pero si el film se llama *Notorius* es para señalar que ella, Ingrid Bergman, al haberse entregado a *dos* hombres, al que amaba y al nazi (Claude Rains), se ha tornado una “mujer pública”, una mujer “notoria”. *Toda mujer notoria es una puta*. Eva Perón fue la más *notoria* de todas. Así razona el machismo, aquí y en todas partes. Pero muy especialmente aplicó sus códigos crueles y agraviantes a Eva Perón.) Su predecesora –sigue nuestro ilustrado autor– no fue Agripina sino Sempronia. Y recurre a *La conjuración de Catilina* de Cayo Salustio. El que nos hace saber que Sempronia era una mujer de muchos excesos, que los mismos exigían un “arrojo varonil” (*Ibid.*, p. 247). Y que no sólo era lasciva, sino que tanto lo era “que más veces solicitaba a los hombres que era solicitada” (*Ibid.*, p. 247). A ver si entendimos bien: Sempronia era tan excesiva que desbordaba lo que conocemos como conducta habitual en una simple puta. Una puta es una mujer que acepta con facilidad y por dinero la solicitud que los hombres hacen de su cuerpo público. Sempronia, por el contrario, no aguardaba la solicitud de los hombres. Ella era lo peor que puede ser una mujer: era activa, se adelantaba a las intimaciones, a las exigencias de los hombres. Era ella la que intimaba,

ella la que exigía. “¡Hazme tuya!”, era su orden. Buscaba más de lo que era buscada. Buscaba por puro goce pues ni dinero requería. Evita era así: era Sempronia. ¡Pensar que algunos se indignaron con la ofensa de la ópera rock de Rice y Webber o con la película de Madonna! No: fueron argentinos los que con más odio y hasta con más hojarasca cultural insultaron a Evita. Hay una explicación: era imposible que Rice y Webber hubieran podido odiarla como ellos. *No les había metido la mano en los bolsillos*. No les había soliviantado a las masas. Nunca habían encontrado, como Ezequiel Martínez Estrada y tantos otros, expresiones religiosas de adoración popular dedicadas a ella. Habían oído hablar de eso. Pero no lo habían visto. Don Ezequiel lo vio. Dijo que *La razón de mi vida* era un catecismo. Dijo que Evita tuvo el poder de un enviado carismático sobre las masas simples, ignorantes. Que la adoraron con un misticismo inédito. Que gozó de ese poder “como nunca antes ningún otro mistagogo político sudamericano” (*Ibid.*, p. 253). “En Córdoba (dice) he visto, en casas humildes, altarcitos con el retrato en colores de Eva Perón, dos velas encendidas y un ramito de colores. Era para arrodillarse a rezar con la familia” (*Ibid.*, p. 253). Y si alguien cree que, como a Sabato, esto va a perturbar a Martínez Estrada, que le hará ver, como a Sabato, el aspecto dual y contradictorio de la criatura humana, de la patria argentina, que lo atormentará, como a Sabato, que los humildes lloren a Eva Perón en tanto los argentinos de la cultura la odian, ni ahí.

UNA MISTAGOGA

EME lo tiene todo claro: los que pusieron ese altarcito son ignorantes, lúmpenes, adoradores de una deidad pagana, infernal. Son víctimas de una *mistagoga*. Qué palabra, caramba. Si le hubieran dicho a Evita que era una mistagoga posiblemente se habría reído. Un mistagogo es un sacerdote pagano. ¿Cómo se forma semejante palabreja? Con “mystes” (el iniciado en misterios) y “agogos” (el conductor). Eso era ella: una diosa pagana para el culto pagano de los negros brutos de la Argentina. De los de Buenos Aires, de los de Córdoba, de los de todos lados. Confieso que ya terminaba con Martínez Estrada pero me atraía esa palabra: mistagogo. El mistagogo ejerce la mistagoga. Eva, además, era una mistagoga puta. “Naturalmente el altar de esa diosa tiene que ser el lupanar y ya Perón había anunciado que convertiría a su patria en un gran prostíbulo” (*Ibid.*, p. 256. Interesante frase de la que EME, sin embargo, no indica la fuente. Lástima: habría sido más funcional, comprensible y directa para atacar a Perón que el Discurso en la Bolsa de Comercio. Del cual el mago de los movimientos pendulares ofreció otras facetas, frases o cartas alternativas, anticapitalistas y antiimperialistas).

No es casual que el ensayo de Martínez Estrada esté signado por lo desmedido. Era un escritor nietzscheano. Tanto odió al peronismo que estuvo enfermo e internado casi para no verlo, no padecerlo. No pertenecer a la vida civil en tanto el movimiento gobernara. No pretendo decir que sus exasperaciones no fueran compartidas por los otros gorilas que publicaron libros durante esos tiempos, pero estas apelaciones al Maligno tienen una fuente más erudita, y si aparecen es por el bagaje cultural de EME, que es, sin duda, mayor del de los escribas del *Libro negro de la segunda tiranía* o el de Mary Main, que no es desdeñable. El nietzscheísmo de Estrada lo lleva a los extremos. Da una interpretación dionisiaca del peronismo. Ve en el peronismo un hecho dionisiaco. Su *Nietzsche* no es un mal libro. Queda fuera de las polémicas de hoy, que toman más a Nietzsche como parte de la destrucción de la metafísica que emprende Heidegger. Pero es un libro sesudo, bien trabajado. En él, EME dice que el loco de Turín expresa el lenguaje estético anterior a Heráclito, Empédocles y Pitágoras. Que usa “el muchísimo más profundo lenguaje de los poetas ditirámicos, que ya Aristófanes en *Las ranas* añora como para siempre perdido. *Es la sabiduría de los silenos que vivían, sentían y razonaban en contacto pavoroso u orgiástico con la naturaleza y las divinidades desconocidas de la vida*” (Ezequiel Martínez Estrada, *Nietzsche, filósofo dionisiaco*, Caja Negra, Buenos Aires, 2005, p. 39). Y a renglón seguido (según suele decirse) sintetiza lo esencial que le debemos a Nietzsche y que, cree-

mos, es el origen del aliento desmedido que impulsa su *Catilinaria* sobre el peronismo: “Sin duda merced a la aventura inaudita de Nietzsche estamos hoy mucho más cerca de la concepción trágica de Esquilo y de Eurípides (...) que de la concepción no menos ingenua pero ya sin *pathos* de Aristóteles” (*Ibid.*, p. 39). Y más adelante (aunque lo hace a lo largo de todo el ensayo) torna a explicitar lo que Nietzsche le entrega, lo que él encuentra y admira en el genio de *La genealogía de la moral*: “La problemática de Nietzsche en gran parte proviene de que ha considerado como un deber moral de su inteligencia no prohibirse deliberadamente ningún extremo a que su pensamiento pudiera conducirlo. Se consideró a sí mismo como explorador, como revelador de temas incógnitos. Sus referencias a esa situación, casi siempre expresadas en un lenguaje poético, alcanzan alturas de belleza luminosa” (*Ibid.*, pp. 46/47. Cursivas mías). Qué duda cabe: Don Ezequiel escribió *Qué es esto* sin prohibirse ningún extremo a que su pensamiento pudiera conducirlo. Sólo que, al final de ciertos extremos, no está la embriaguez de Dioniso, sino el ridículo.

LA MUJER DEL LÁTIGO

Todo el mundo, todas las agencias noticiosas, todos los medios del espectáculo, mencionaron su nombre en 1996. Madonna filmaba el musical *Evita* dirigida por Alan Parker. El primer señalado para dirigir el proyecto había sido Oliver Stone, quien le había ofrecido el papel a Michelle Pfeiffer, pero la Susie Diamond de *Los fabulosos Baker Boys* y la *Gatúbela* de *Batman vuelve* rechazó el papel. Una lástima. Madonna estuvo apenas correcta. Se embarazó justo cuando tenía que morir de cáncer y por más make up pálido-muerte que le metieron en su jeta-pop, se la vio demasiado gordita para alguien que se muere, y más si uno recuerda a la Evita de los últimos días. El nombre al que hacemos mención no es el de ella. Por supuesto que estuvo en todas las bocas y en todos los medios y acaparó reportajes por medio mundo. Pero no: hubo otro nombre que volvió a primer plano con la filmación de *Evita*. Ella se llama Mary Main. Y es la autora de la primera biografía seria, documentada y bien escrita que se

hizo sobre la mujer que los humildes amaron y lloraron. Muchos se asombrarán de estas afirmaciones. Caramba, luego de tratar con tanta desatención a Ezequiel Martínez Estrada, alias el autor de *Radiografía de la pampa*, viene uno a decir que el libro de la señora Main (odiado por los peronistas y hasta por buena parte de los argentinos) es una biografía seria, documentada y bien escrita. Ocorre que es así.

Vayamos por partes. El libro de Mary Main, *La mujer del látigo*, salta a la fama mundial cuando Andrew Lloyd Webber y Tim Rice adaptan su libro para el musical *Evita*, que se monta en Broadway en 1978, y que narra, según Leonard Maltin, “el ascenso de Eva Perón desde su ilegítima infancia hasta su casi-deificación como Primera Dama en la Argentina de los años cuarenta”. (*Nota*: Leonard Maltin es un célebre estudioso del cine norteamericano, mediocre, conservador, pero ingenioso y tremendamente exhaustivo en su trabajo, el cual se expresa, sobre todo, en una *Movie guide* que saca año tras año y en la que el curioso o el cinéfilo puede encontrar casi todas las películas que Hollywood filmó y también las extranjeras que en Estados Unidos se estrenaron, con sus casts, sus directores y su año de filmación. Sus juicios, como los de todos, son arbitrarios, pero nada deteriora la utilidad de su trabajo, que es serio y responsable.) Ahí se habló mucho de Mary Main. La versión de 1978 inició lo que sería un éxito descomunal y pondría a Eva Perón —haya sido o no agradable para nosotros la interpretación de los hechos— en el lugar de icono de la historia universal, un lugar para el que estaba bien equipada, pues era formidable el material que tenía para ofrecer: belleza, pasado incierto, bastardía, ascenso hacia el poder, conquista del poder, relación con un “dictador sudamericano”, relación de amor con el pueblo, su Fundación, su renunciamiento y su muerte lenta, dolorosa, hecha casi pública, casi visible en ese terrible discurso del 1° de mayo de 1952 en que termina llorando y buscando cobijo en los brazos de su marido, su entierro espectacular, de clara inspiración mussoliniana y, por eso mismo, grandilocuente, desmedido, una ópera macabra con un

coro de humildes que lloran y despiden a la que era su abanderada, y a la que sería la única y la última que habrían de tener, mujer u hombre. La ópera rock tiene una intérprete excepcional, la mejor: la actriz de Broadway Patty Lupone. La inclusión —que, desde luego, no figura en el libro de Main— de Ernesto “Che” Guevara como relator y crítico de los hechos reveló un ingenio innegable por parte de los creadores y algo digno de pensarse: Ernesto Guevara, socialista, tercermundista, guerrillero, pero hijo de una familia de clase alta, hombre y ya icono cuasi despolitizado de la rebeldía, era asumido positivamente, era valorado por el “Imperio Americano”, en tanto que Eva Perón, bastarda, pobre, mujer de “oscuro pasado”, enemiga ardiente de los Estados Unidos, pasionaria de un gobierno que, para los yanquis, había sido pro-Eje, que había cobijado a todos los nazis que huyeron de Alemania, que había injuriado a su embajador Braden y que era despreciado por las clases altas, por la oligarquía agraria y ganadera, Eva Perón, decíamos, era repudiada y reprendida como prostituta, como mujer que ha usado su cuerpo para preparar de “cama en cama”, camas de cantantes, camas de actores, camas de empresarios del espectáculo, camas de militares, hasta llegar a sus amores con Perón, un coronel nazi que le permite todo, sus ambiciones desmedidas, su manejo demagógico de las masas, su ayuda interesada, su enriquecimiento con los fondos de la Fundación, etc. (*Nota*: Ha surgido, un poco tarde tal vez, pero no hay por qué suponer que todo aparecerá en su debido momento en un trabajo que nos proponemos hacer incluyendo todos sus desvíos, todas sus sorpresas, el tema de Perón, Braden y la injuria que Estados Unidos y la

oligarquía argentina reprochan al hombre de la Secretaría de Trabajo y Previsión haberle propinado a tan importante figura de la diplomacia. Hay una anécdota exquisita que pinta al Perón del ‘45, el más inspirado, como pocas. Spruille Braden presenta sus credenciales el 21 de mayo de 1945. Nadie ignora lo que hizo: participó en rumbosos, opulentos banquetes oligárquicos. Y se reunió con socialistas, comunistas y sindicalistas de la vieja guardia. “Sabrás que Braden fue visitado por una delegación obrera (dice un personaje de una novela de Manuel Gálvez, escritor excesivamente olvidado, pero leído con fervor en su tiempo y muy popular: será por eso que lo olvidaron). Los comunistas nos ayudan enormemente. Y tanto han hecho que ya nadie tiene miedo al comunismo” (Gálvez, *El uno y la multitud*, Alpe, Buenos Aires, 1955, p. 237). Con quien aún no se ha reunido Braden es con el coronel Perón, la figura poderosa cuya estrella brilla incesante. Braden lo visita varias veces. Hay tanteos iniciales, frases corteses pero frías. Nada que importe. Cierta día, Braden (un poco como J. C. Escribano con Kirchner) le dice abiertamente todo lo que tiene que hacer si quiere ser bien estimado en los Estados Unidos. Perón le contesta una frase que, con justicia, hizo historia: “Disculpe, embajador: pero yo no quiero ser bien estimado en su país al costo de haber sido un hijo de puta en el mío”. Perón tuvo grandes aciertos, cometió grandes errores y hasta grandes hijoputees, pero se dio sus gustos. Haberle dicho *eso* a un embajador de los “Estados Unidos de América” debe ser un galardón que comparte con muy pocos. Ese mismo día, la CIA y el Departamento de Estado ya sabían con quién habrían de lidiar en



el lejano sur, aumentaron la cifra de nazis que entraron a la Argentina y decidieron hacer, para la eternidad, de Perón un nazi y de Evita una puta. Hasta hoy perdura ese relato.)

LA LECHE DE LA CLEMENCIA

Pocos se han ocupado de leer el libro de Mary Main y la versión que circula entre nosotros es que se trata de una obra pérfida que meramente recopila, aumentándolos si cabe, los peores chismes que el gorilaje oligárquico decía de Eva Perón. Main, sin embargo, hizo más que eso: hizo la primera biografía seria, documentada, de Eva Perón. El libro se publica en Estados Unidos en 1952 y Main lo firma como María Flores, porque, dice, tenía miedo por sus amigos de Buenos Aires. Se llama *The Woman of The Whip (La mujer del látigo)*. En su tapa se lee: “La primera y objetiva biografía de la glamorosa y peligrosa (*the glamorous and dangerous*) mujer que controló la Argentina, la finada Eva Perón”. Lo publica una editorial de Nueva York. Main escribió su libro antes de la muerte de Eva. Aquí, coherentemente, se edita en diciembre de 1955, a pocos días del golpe setembrino, como si hubieran estado esperando. Main ya no firma María Flores, sino que lo hace con su propio nombre. La editorial es *La Reja*. En 1956 dice haber editado ya cinco ediciones: 26.000 ejemplares, cifra que, para la época, era fenomenal. También lo sería hoy. En la tapa se lee el título y una leyenda propagandística: “Éxito mundial, ahora en Argentina”.

Main era argentina, de padres ingleses. Vivió muy poco tiempo en el país. Antes de Pearl Harbour emigró con su familia a la ciudad de Toronto y luego se instaló en New York. La *maldición de Evita* pareciera haberle dado de lleno. Mary Main, a lo largo de su vida, fue encegueciendo cada vez más hasta perder por completo la vista. El éxito de la ópera-rock llevó su libro a un éxito que no esperaba y eso alegró sus días postreros.

Lejos está de ser el escritor o el político que más despiadadamente trató a Evita. Su libro, al ser publicado en la fecha en que lo fue, forma parte planeada, instrumentada, de la Libertadora. Pero Main, en el agravio y en el odio, fue superada por los argentinos. Ella no escribió textos que se leen en el libelo de Américo Ghioldi, personaje al que todos dicen “Norteamérico Ghioldi”, y que ha pasado tristemente a la historia porque luego de los fusilamientos de 1956 dijo una frase que, en su momento, habrá agradado a muchos, a Borges y Bioy, a la gente de *Sur*, a los comandos civiles, a las clases dominantes, pero, con los años, repele a todos pues lleva en sí una carga tanática, un cruel desdén por la vida, que desagrada aun a los antiperonistas: *Se acabó la leche de la clemencia*. (Nota: Se lee en el *Diccionario biográfico de la izquierda argentina* de Horacio Tarcus: “Otra vez al frente de *La Vanguardia*, ahora desde Buenos Aires (y hasta fines de 1956), es el autor del célebre editorial en que, avalando la represión al levantamiento peronista encabezado por el general Juan José Valle, en junio de 1956, afirma: “Se acabó la leche de la clemencia” (*La Vanguardia*, 14/6/1956)”. El *Diccionario* de Tarcus es un valioso esfuerzo y una auténtica herramienta de trabajo. Y aunque figuran Ghioldi y Francisco Pinedo, no faltan los hombres de izquierda que adhirieron al peronismo como Hernández Arregui, Rodolfo Puiggrós, o peronistas de izquierda como John William Cooke o también Rodolfo Walsh, que escribió en *Noticias*, el diario de superficie de *Montoneros*, que dirigió Miguel Bonasso, un escueto pero respetuoso epítafio de Perón, y que discutió con la soberbia, iluminista, vanguardista sin bases, militarista conducción de *Montoneros* en el exilio, desde el país en que perdería su vida, que la acción revolucionaria no puede escindirse de la organización de las masas, de su apoyo, de su participación en la lucha. Esa era la concepción originaria de la izquierda peronista: trabajar desde *adentro del peronismo* porque se trabajaría con las masas y no en exterioridad a ellas. Walsh insistirá en el repliegue de la lucha armada porque el repliegue de las masas así lo requiere.

Montoneros seguirá con su política aislada, militarista, ferrera, solitaria, una vanguardia iluminista girando en el vacío. Volveremos a fondo sobre estos temas. Porque el camino es largo y agotaremos todas sus instancias.) Una frase digna de Videla o del general Camps, lo que señala el linaje entre aquellos fusilamientos y el golpe de 1976, cuyos fanáticos adherentes civiles, Jorge Luis García Venturini, Jaime Perrioux, Jaime Smart, Martínez de Hoz, Walter Klein y tantos, tantos otros, también habrán dicho: *Se acabó la leche de la clemencia*. Con una sola diferencia: esa “leche” ya se había acabado no bien el asesino Alberto Villar fue ascendido por Perón a jefe de la Policía Federal, cruentos tramos de esta historia, sus lodazales, en los que aún no hemos penetrado. Main, por ejemplo, no escribió: “En sus discursos incitó a la violencia y al crimen. Los diarios registran sus peroratas incendiarias que se suceden desde el comienzo de su actuación hasta un mes antes de morir, cuando desde las escalinatas de la Casa presidencial lanzó el incendiario evangelio de la destrucción: pidió encendamos la Argentina, pero defendamos a Perón; no he venido a traer paz sino a incendiar la tierra. No podría hablarse de imprecaciones, pues su vocabulario no alcanzó nunca dignidad formal. Pusieron en sus labios una oratoria exterminadora que ella, poseída, manejó gustosa. La ‘bellatrix’ del régimen sólo conocía palabras de furia y violencia” (Américo Ghioldi, *El mito de Eva Duarte*, Montevideo, octubre de 1952, pp. 47/48. *No figura nombre de casa editora alguna*. Sólo figura el lugar desde el que se escribió el libro: Montevideo, refugio caro a los exiliados de las “tiranías” argentinas. Los de las otras tiranías —la de 1976, por ejemplo y sobre todo— no pudieron ir al Uruguay, pues el país trabajaba dentro de la llamada *Operación Cóndor* formada por, precisamente, Uruguay, Argentina, Paraguay, Chile. Los exiliados de la tiranía de Videla —que sí, *sin duda alguna*, fue una tiranía— tuvieron que buscar en horizontes más lejanos su salvación y algunos ni ahí la encontraron.) Notemos el desdén de Ghioldi por la ausencia de “dignidad formal” en el lenguaje de Evita. Siempre late el tema de la barbarie. La mujer del tirano ni siquiera sabe hablar correctamente, como hablan ellos, los profesores como Ghioldi, los socialistas como él, buena gente, culta, de modales. Y sigue: “En el poder reveló un amor desmesurado al lujo; en joyas y ropas debe haber invertido no menos de cien millones de pesos” (Ghioldi, *Ibid.*, p. 49).

NIÑAS REBELDES Y PUTAS AZAROSAS

Si Evita hubiese sido una señora de la oligarquía, ninguno de estos machistas, de estos tipos llenos de odio por los que llegan desde abajo, por los que ocupan los lugares que no deben, le habría dicho nada. Lo mismo con Cristina Fernández y sus carteras o sus relojes. ¿Alguien imagina posible que se le cuestionara a Victoria Ocampo tener una casona tan opulenta en las Barrancas de San Isidro? ¿Alguien le dijo algo a Marcelo T. de Alvear por las joyas de su suntuosa mujer, Regina Pacini? Lo que suya es lo siguiente: la oligarquía tiene lo que tiene porque tiene *derecho* a tenerlo. “Los campos no se compran, se heredan”, le dice Elna Colomer a Juan Duarte en *Ay Juancito*. Y no sólo derecho, también sabe cómo usarlo. A la oligarquía le cae bien ser rica, rumbosa. A los otros, a los que carecen de linaje, el lujo sólo sirve para revelar su ambición. *Quiéren ser lo que no son*. Escribe Ghioldi: “¿Este furioso e incontinente amor al lujo pone al descubierto el escondido móvil que condujo su vida azarosa?” (*Ibid.*, p. 49). Qué perfecto canallita: lo de “vida azarosa” significa “puta”. Una señora “bien” no tiene vida azarosa. Y si Victoria Ocampo la tuvo fue por su “rebeldía”. Las niñas de las clases altas si son “azarosas” es porque son “rebeldes”, “curiosas”, “inquieta” y, por fin, “poetas”. Si Evita es “azarosa” es porque anduvo pasando de una cama a la otra, no de Roma a París y de París a Londres. ¿Por qué nunca se ha dicho nada de Regina Pacini de Alvear? Era, al cabo, una *prima donna*, era por-

tuguesa, pero era una cantante lírica. Una cosa son Verdi, Puccini y Wagner y otra una chica de Los Toldos que apenas si cantaba *La cumparsita*. Pero tampoco es lo esencial. Lo que importa es esto: “Su figura (la de Alvear) respondía a ‘una cierta idea del país’ agropecuario, grandioso, bucólico, pacífico, que debía proyectarse al ritmo de las grandes repúblicas democráticas que él había conocido y admirado en sus largas residencias en Europa” (María Sáenz Quesada, *La Argentina, historia del país y de su gente*, Sudamericana, Buenos Aires, 2001, p. 478). Alvear era un sibarita, le gustaba la buena vida, la vida de la noche, fue presidente del Jockey Club, hizo deportes, fue el perfecto *bon vivant* y, como buen enamorado del amor que era, se casó con la *prima donna*, con Regina Pacini. “Esto fue juzgado como una nueva locura de Alvear por la pacata sociedad tradicional, que perdía con esta boda a un soltero codiciable. Ella dejó su profesión. Formaron un buen matrimonio dentro de los cánones de la época; residieron mucho tiempo en París y se vincularon con gente refinada” (Sáenz Quesada, *Ibid.*, p. 479). ¿No es un cuento de hadas? No creo que nadie le haya cuestionado a doña Regina Pacini de Alvear nada de lo que se pusiera encima. A lo sumo, las conchetas solteras le recriminaron que les robara a “un soltero codiciable”. Hay cosas que repugnan. Hay un odio de clase tan profundo en este país. Hay un siempre renovado cholulismo por la gente bien, por la aristocracia, por los dueños de la tierra o por las señoras de clase. Y si acaso eso ha disminuido (se me dirá que la oligarquía no está en su apogeo y es cierto), lo que no disminuyó es el resentimiento contra el que vino de abajo, con el que usa lo que *por naturaleza* no le pertenece. Si alguien quiere criticar a Cristina F que critique su política pero que no utilice para hacerlo la cartera o los zapatos que usa. Lo hicieron con los vestidos Dior de Evita, aunque, se sabe, después los cambió por el traje sastre y el rodete de la militante. Pero, ¿por qué no les ofende la riqueza de los herederos? Al cabo, los que llegaron a lo alto algún esfuerzo tuvieron que hacer. *Tuvieron que ganárselo*. Por eso se les dice *ambiciosos, trepadores*. O, como dice el miserable Ghioldi de Evita, “furioso e incontinente amor al lujo”. Los que vienen de abajo no heredaron nada: se lo tuvieron que ganar todo. A los otros les cayó de arriba. Si viene la reina Mariana o la princesa de donde sea les rinden tributos y hablan de su elegancia. A Lady Di nadie jamás le dijo que se vestía lujosamente: admiraban su buen gusto. Nadie le dijo que revolvió demasiadas camas con demasiados amantes: le gustaba ser libre, ser la rebelde de la Corona. Puta, jamás.

Concluye Ghioldi: “Corta de inteligencia, deficiente de cultura y sensibilidad femenina, ignorante de las relaciones morales y civiles de los hombres, sin autocrítica, sin carga de escrúpulos de conciencia, falta de gusto, Eva Perón ingresa a la historia como una leyenda plantada en el mentidero argentino” (Américo Ghioldi, *Ibid.*, p. 49). En cambio, Mary Main, la autora del libro que inspiró la ópera-rock que indignó al país, termina su libro diciendo: “Por otra parte, aquellos que inician la tarea (de recuperar al país, JPF) no deberán subestimar la influencia que ‘Santa Evita’ ejerce en los corazones simples y las almas sencillas, influencia que puede ser fortalecida y no debilitada por la muerte y que desaparecerá, *no por medio de leyes y decretos*, sino con ilustración, esperanza y libertad” (Mary Main, *Ibid.*, p. 199. *Cursivas mías*). A Evita y al peronismo, en cambio, los libertadores los quisieron desaparecer con el decreto 4161 y a Evita, sin más, la desaparecieron. Tanto miedo le tenían a su cadáver. Sabían que el pueblo la amaba. No el lumpenproletariado de Ezequiel Martínez Estrada. No la “chusma” de la oligarquía. O los obreros incultos, barbáricos de Ghioldi. Sino eso que Mary Main, cálidamente, llama “los corazones simples y las almas sencillas”. O sea, las almas y los corazones que amaba Tolstoi.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann y Germán Ferrari

PRÓXIMO
DOMINGO

Sabato, el hombre
sensible de la
Libertadora

IV Domingo 4 de mayo de 2008